PREFIERO LA MISERICORDIA AL SACRIFICIO

(III Congreso Internacional de Laicos Cistercienses – Claraval, 1 al 7 junio 2005)

El mensaje que el Señor nos ha preparado para este Domingo es claro y precioso. Su Buena Noticia para nosotros, hoy y aquí, dice así: *"¡Prefiero la misericordia al sacrificio!".* (Mt.9:13).

Los fariseos critican a Jesús pues se ha mostrado y muestra misericordioso con los colaboracionistas con el poder opresor (publicanos) y los inmorales y/o proclives al engaño a causa de sus oficios laborales (pecadores). Jesús los remite al profeta Oseas: *"Porque yo quiero amor, no sacrificio, conocimiento de Dios más que holocaustos"* (Os. 6:6). Canoniza así al amor ante cualquier ritualismo momificante u observantismo rigorista. Se trata de una palabra radical y revolucionaria del Señor, Jesús invierte el orden y afirma la supremacía absoluta del amor entrañable.

No pensemos que se trata de una palabra aislada del Maestro. Nos encontramos en el corazón mismo de su programa y enseñanza: *"Bienaventurados los misericordiosos pues ellos alcanzarán misericordia"* (Mt.5:7); *"Lo más importante de la ley: la justicia, la misericordia y la fe"* (Mt.8:23:35); *"Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso"* (Lc.6:36).

Afirmaciones ilustradas con comparaciones o parábolas: la del hijo pródigo (Lc.15); la del buen samaritano (Lc.10:29-37); la del rico Epulón y el pobre Lázaro (Lc.16:19-30); la del siervo sin entrañas (Mt.8:23-35) y la del juicio final (Mt.25:31-46). Doctrina apoyada con el testimonio de la propia vida y opciones preferenciales.

No nos han de maravillar entonces si la genuina tradición monástica, aquella que siempre privilegia el Evangelio a las tradiciones y las personas a las instituciones, aconseje: *"Jamás desesperar de la misericordia de Dios"* (RB 4:74) y *"que el abad haga prevalecer la misericordia sobre la justicia, de modo que obtenga lo mismo para sí"* (RB, 64:10).

El amor de misericordia ocupa un lugar central en la espiritualidad cisterciense. Bernardo de Claraval es testigo cualificado de esta verdad. El amor entrañable entre los hermanos es el corazón mismo de la comunión cenobítica. La misericordia sintetiza las múltiples manifestaciones del amor al prójimo. Este peculiar forma de amor, que enraíza en las entrañas del ser, es afectiva y efectiva, junta en sí misma el sentimiento y la acción. El amor de misericordia implica:

- Querer el bien del prójimo: benevolencia.
- Hacer el bien y compartir los bienes con él: beneficencia, servicio, solidaridad.
- Sentirse bien haciendo el bien: benignidad, compasión, mansedumbre, dulzura, suavidad y ternura.
- Mostrarse bueno y bien ante los demás: amabilidad, afabilidad.

Por otro lado, enseña también San Bernardo: *"Nadie siente tan al vivo la miseria del hermano como el corazón que asume su propia miseria"* (De humilitate, 6). Es decir, la

misericordia consigo mismo se identifica con un autoconocimiento eficaz que incluye la autoaceptación. Realidades, ambas, que se encuentran en la misma base de nuestra vida en el Espíritu y, por consiguiente, de cualquier espiritualidad bien fundada.

La importancia cisterciense del amor de misericordia se muestra claramente en la contundente afirmación bernardiana:

> *"Somos transformados a medida que somos conformados (...) Sed misericordiosos, dice como vuestro Padre es misericordioso. Esta es la forma que El desea contemplar, cuando dice a la Iglesia: déjame ver tu rostro"* (Super cantica, 62:5).

La misericordia es "amor entrañable"; en este sentido podemos decir que la misericordia de Dios es la manifestación femenina de su divino amor.

Unamos nuestras voces a las voces de tantos y tantas cistercienses, monjes y monjas, laicos y laica, que cantan cada día inspirados por el Espíritu: *"Dios te salve María, Reina y Madre de Misericordia, Vida, Dulzura y Esperanza nuestra, ¡Dios te salve!"*.

Bernardo Olivera
Claraval, domingo 5 de junio de 2005